

Un abrazo cultural entre la Cuba republicana y la España franquista, 1948–1958

Republican Cuba and Francoist Spain, a Cultural Embrace, 1948–1958

KATIA FIGUEREDO CABRERA

Doctora en Ciencias Históricas en la Universidad de La Habana, c/San Lázaro y L. Vedado, La Habana (Cuba)

kattyfiro@gmail.com

Recibido/Aceptado: 29-11-2017/17-05-2018

Cómo citar: FIGUEREDO CABRERA, Katia, “Un abrazo cultural entre la Cuba republicana y la España franquista, 1948–1958”, en *Investigaciones Históricas, época moderna y contemporánea*, 38 (2018), pp. 451-478.

DOI: <https://doi.org/10.24197/ihemc.38.2018.451-478>

Resumen: Con la creación del Instituto Cultural Cubano-Español (ICCE), filial del Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, las relaciones culturales entre Cuba y la España franquista entraron en una nueva fase de acercamiento que, incluso, se mantuvieron activas hasta después del triunfo de la Revolución cubana. Este particular espacio de influencia asociativa, con sede en La Habana, se convirtió muy pronto en el laboratorio cultural de las *nuevas* transferencias de saberes del franquismo en *la siempre fiel* y sus primeros pasos estuvieron muy a tono con el interés del gobierno de Madrid por burlar el aislamiento internacional.

Palabras claves: Instituto de Cultura Hispánica; Instituto Cultural Cubano-Español; Cuba; Francisco Franco; diplomacia cultural.

Abstract: The creation of Havana's *Instituto Cultural Cubano-Español* (ICCE), a branch of the Institute of Hispanic Culture in Madrid, ushered in a new phase of cultural relations between Cuba and Francoist Spain, an era of rapprochement that remained viable until after the triumph of the Cuban Revolution of 1959. The *ICCE* provided associative spaces that became the cultural laboratory for transferring Francoist ideas, like cultural Catholicism, to the “ever faithful island of Cuba” and offered Franco's government a vehicle to break through international isolation by building an intellectual consensus that united the historical, ideological, and political interests of both countries.

Keywords: Instituto de Cultura Hispánica; Instituto Cultural Cubano-Español; Cuba; Francisco Franco; Cultural diplomacy.

Sumario: Introducción.1. El Instituto Cultural Cubano-Español: una apuesta por la “nueva España”. 2. Sin camino de regreso. Conclusiones. Bibliografía.

INTRODUCCIÓN

Las relaciones culturales entre el viejo y el nuevo continente están determinadas por la unidad esencial de la cultura en ambas orillas. La afirmación de esa unidad es el dato primario y fundamental reconocido por todos y su éxito depende, en buena medida, de la contribución financiera de los gobiernos y de la acción del Estado, encargado de poner en marcha los mecanismos para el diálogo y el acercamiento. Las asociaciones culturales, ya sean de carácter privado o estatal, están llamadas a desempeñar un rol importante y decisivo en esta ardua tarea, porque por su propia naturaleza reúnen todos los requisitos de competencia y capacidad para impulsar las labores de intercambio, conocimiento y entendimiento cultural. Más en concreto, su objetivo es lograr la comprensión, la amistad y el encuentro entre los pueblos por medio de la reciprocidad, la asimilación de ideas y la puesta en marcha de un trabajo de índole educacional, que aumente el acervo espiritual y enriquezca de forma permanente a sus beneficiarios. Aunque con frecuencia suele leerse que su fomento desinteresado descansa en los gobiernos y la misión de acercamiento en los pueblos, todo esto se reduce a una mera utopía plasmada en el papel. Como lo es excluir también de esta actividad a la propaganda, el favoritismo, el interés político y el sectarismo de determinadas fracciones o grupos interesados en fomentar el contacto.

En este sentido cabría subrayar, en el caso particular que nos compete - los vínculos culturales entre Cuba y la España franquista-, que a partir de 1945 y hasta bien entrado el año 1949 esta labor fue impulsada, como bien ha apuntado Antonio Moreno Juste, por los católicos españoles. Se trataba básicamente de una política que buscaba, a todas luces, sortear con sus limitados recursos el aislamiento internacional y “hacer de su supuesta inspiración católica una carta de presentación ante el convulso escenario de la posguerra”¹, que ya para ese entonces había definido a la Hispanidad

¹ MORENTE JUSTE, Antonio, “La política europea de los católicos españoles en los años 40 y 50”, en Sánchez Recio, Glicerio, *La Internacional Católica. Pax Romana en la política europea de la posguerra*, Madrid, Editorial Biblioteca Nueva, S.L., 2005, p. 189. Poco después del levantamiento de las condenas internacionales, la representación eclesíástica fue perdiendo cada vez más el protagonismo alcanzado durante la segunda mitad de la década del 40. Y las razones tendríamos que buscarlas en el cambio de las coordenadas estratégicas manejadas por el Palacio de Santa Cruz, después de la reinserción de España en el escenario internacional. Al respecto, Morente Juste afirma que el regreso de embajadores a Madrid implicó necesariamente el paso a una segunda fase. Ya no era preciso mantener una vía de

como una fuerza más que espiritual, política. Atendiendo a esta voluntad de supervivencia, el régimen franquista se dio a la tarea de capitalizar simpatías a través de la exportación de su modelo católico-cultural y la creación de redes sociales, profesionales e institucionales que ayudaran a legitimar a la repudiada Dictadura y consolidaran, de paso, el carácter instrumental de la nueva diplomacia, cuyas ansias de regreso a las glorias pretéritas convirtieron, nuevamente, a América en “la extensión transatlántica de una España que volvía a ocupar su nicho ideológico «natural» de guardiana de las esencias de la tradición y el conservadurismo”². Para su *mise en scène*, el gobierno de Madrid comenzó por granjearse el apoyo de aquellos intelectuales, políticos y grupos de hispanistas o, más bien, de hispanófilos que, al otro lado del Atlántico, defendía con tono apologético y vindicatorio la raíz hispánica de sus pueblos, la confabulación espiritual con la otrora Madre Patria, la tan vitoreada unidad de destino, custodiada por los falangistas, y, por sobre todas las cosas, la imagen de esa “nueva España” que, en su carácter de eterna, misionera, católica y universal, había sabido dirimir en el campo de batalla sus diferencias con la otra España, la enemiga irreconciliable, la siempre aliada del mal; la España del odio, del rencor, del veneno; la España esclava de las fuerzas internacionales masónico-marxistas, la propulsora de los desastres internacionales; la España disgregadora, traicionera, la juramentada con los enemigos seculares de Dios y de la Iglesia. En otras palabras, la España negra, la España del horror.

Consecuente con esta retórica discursiva, en concomitancia con el tradicionalismo español decimonónico, la diplomacia cultural franquista aprovechó el momento para revivir, en ambas orillas del océano, a las figuras más descollantes de su antiguo parnaso y con ellas el sentido profundo de la historia, entendido como la consustancialidad entre la patria y la religión. Hablamos, básicamente, de Marcelino Menéndez Pelayo, Jaime Balmes Urpía, Juan Vázquez de Mella, Juan Donoso Cortés y Ramiro de Maeztu. Su recetario de acciones y proyectos se convertirían en un atractivo,

acción indirecta. La política cultural salió del primer plano y con ella “el papel de los intelectuales católicos españoles- para volver al trabajo tradicional, rutinario [...], la designación de agregados culturales, la gestión de becas y lectorados o las ayudas puntuales a congresos, exposiciones y, por supuesto, al libro español. Ciertamente, los diplomáticos recobraron su protagonismo en perjuicio de los intelectuales católicos”. MORENTE JUSTE, Antonio, *op.cit.*, p. 196.

² PÉREZ VEJO, Tomás, “España vista desde Hispanoamérica”, en Morales Moya, Antonio; Fusi Aizpurúa, Juan Pablo y De Blas Herrero, Andrés, *Historia de la nación y del nacionalismo español*, Barcelona, Galaxia Gutenbers, S.L., 2003, p. 1065.

nada desdeñable, para el clero católico y para esa minoría de intelectuales inasequibles al desaliento, como solía llamarla Rafael Gil Serrano³.

1. EL INSTITUTO CULTURAL CUBANO-ESPAÑOL: UNA APUESTA POR LA “NUEVA ESPAÑA”

Con la creación en Madrid del Instituto de Cultura Hispánica (ICH), en octubre de 1946, la Dictadura franquista logró fomentar, desde su arranque, un doble movimiento de acercamiento entre los intelectuales hispanoamericanos y españoles hacia y desde España. La concesión de becas y premios para estudiantes, las invitaciones cursadas a intelectuales de países americanos para viajar a España, el envío de profesores y conferenciantes españoles a América, la instalación de la Biblioteca Central de los Pueblos Hispánicos en el edificio de la Biblioteca Central de Madrid, el fomento de cursos, conferencias y seminarios, la celebración de congresos internacionales, de las semanas del cine y del libro español, la política editorial de Ediciones Cultura Hispánica, la atención especializada a los emigrantes y sus descendientes, la labor divulgativa de las revistas *Mundo Hispánico*, *Cuadernos Hispanoamericanos* y *Correo Literario*, entre otras muchas, y la formación de equipos de profesionales para llevar a cabo investigaciones históricas en los archivos de Sevilla y Simancas, como contribución a un mayor conocimiento de la “gigantesca” obra desarrollada por la antigua metrópoli en sus territorios coloniales, formaron parte de una dilatada plataforma cultural que pretendía irradiar todos los terrenos de la cooperación y restablecer una comunicación profunda entre España y los países de América, una vez eliminados los ánimos quebrados que, de uno y otro lado, había dejado el siglo XIX y el “enconado fanatismo de los liberales rezagados”.

La función estimulante de la vida cultural se complementó además con el interés de convertir la Hispanidad en una realidad factible, es decir que existiera como política. De ahí, la necesidad de lograr la unión e identificación de todas las repúblicas de habla española con las tradiciones comunes y el patrimonio espiritual y cultural, legado por varios siglos de historia. Desde esta perspectiva, el ICH se dio a la tarea de fundar filiales hispánicas en el Nuevo Mundo para impulsar y ambientar todas las actividades, encaminadas al desarrollo e intensificación de los vínculos que

³ GIL SERRANO, Rafael, *Nueva visión de la Hispanidad*, Madrid, Imprenta Prensa Española, 1947.

el nuevo proyecto comunitario imponía. En 1950, por ejemplo, se llegó a contabilizar, como uno de los signos más ostensibles del temprano éxito de este movimiento, la existencia de diez institutos entre Bolivia, Cuba, Chile, Ecuador, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú y Uruguay, más numerosos centros o asociaciones hispánicas de carácter regional o local:

En Argentina no existe aún un Instituto de Cultura Hispánica de carácter nacional; pero funciona la Asociación Cultural Hispanoamericana de Córdoba [...]; el Instituto Hispano-Argentino de Cultura, de Tucumán [...] y el Instituto de Cultura Hispánica de Rosario [...]. En Bolivia trabaja desde el año pasado el Instituto Boliviano de Cultura Hispánica [...]. El Instituto Cultural Cubano-Español actúa en La Habana [...]. Chile cuenta con el Instituto Chileno de Cultura Hispánica [...]. En Ecuador existe el Instituto Ecuatoriano de Cultura Hispánica, con sede en Quito [...]. El Instituto Mexicano de Cultura Hispánica se honra con la presidencia de José Vasconcelos; pero en la misma República mexicana funciona con sede en Jalisco, el Instituto Jalisciense de Cultura Hispánica. Nicaragua dispone en Managua de su Instituto Nicaragüense [...]. En Panamá se va a constituir el Instituto Panameño de Cultura Hispánica de igual nombre [...]. Asunción del Paraguay ya posee un Instituto Paraguayo de Cultura Hispánica, lo mismo que el Perú [...], el Instituto Peruano de Cultura Hispánica. Finalmente, también en Montevideo, funciona un Instituto Uruguayo de Cultura Hispánica⁴.

En el caso de Cuba, la materialización de este diseño cultural tuvo lugar en el temprano año de 1948 con la creación en La Habana, el 15 de julio, del Instituto Cultural Cubano-Español (ICCE). Aunque no sería hasta el mes siguiente cuando sus miembros fundadores tomarían posesión de sus cargos, después de la aprobación del reglamento del centro por el gobernador provincial Francisco Batista Zaldívar y su asentamiento en el Registro Especial del Gobierno Provincial de La Habana (libro 23, folio 176, número 14553)⁵. Pero detengámonos antes de continuar en un elemento importante. Como ya hemos referido en las primeras páginas, la fundación del ICCE, como la de todas las filiales establecidas a lo largo y ancho del continente americano, respondió a una particular coyuntura histórica del régimen franquista: el aislamiento internacional y la necesidad, por consiguiente, de buscar nuevos espacios de legitimación al otro lado del Atlántico. No parece arriesgado afirmar que si bien es cierto que Franco nunca negó el carácter instrumental de su diplomacia ultraoceánica, tal vez

⁴ “No hay pregunta sin respuestas”, en *Mundo Hispánico*, Madrid, febrero, 1950, no. 23, año III, p. 4.

⁵ De 1948 a 1958, el ICCE radicó en la sede social del Automóvil y Aéreo Club de Cuba y del Comité France-Amerique, ubicado en Malecón no. 255 entre Blanco y Galiano.

no tuvo conocimiento de que llegaba un poco tarde al reparto cultural en la mayor de las Antillas o, a lo mejor, estuvo informado pero se sintió confiando en su empresa por ser la isla, a ojos de muchos, la nación más española de toda la América hispana. En este sentido, el periodista Ernesto Fernández Arrondo, refiriéndose a lo tardío de la fundación del centro, apuntaba:

El más necesario, el que debió ser el primero de los organismos de esa índole, ha sido precisamente el último por obra y gracia del comunismo criollo –al servicio, desde luego, del bolchevique- que no sólo le hacía la guerra a España, sino que penetraba en todas las zonas de la vida nacional⁶.

Evidentemente, la visión sesgada de nuestro reconocido periodista le hizo pasar por alto un dato más interesante todavía. Desde 1943 funcionaba en La Habana el Instituto Cultural Cubano-Norteamericano, que escribiría una historia muy diferente al ICCE. Siguiendo con esta práctica, en 1945, como entrelíneas dejó ver Fernández Arrondo, un grupo de intelectuales de la isla había decidido crear el Instituto de Intercambio Cultural Cubano-Soviético con el apoyo de la Embajada soviética en la capital cubana. Sin descontar los tempranos intentos de Inglaterra⁷ y las labores de la Asociación de Escritores y Artistas Americanos, resuelta a afianzar desde el horizonte doméstico las bases de una conciencia interamericana a través de la formación de una tupida red de centros culturales como el Instituto Chileno Cubano de Cultura, el Instituto Cubano Dominicano de Cultura, el Instituto Cubano Salvadoreño de Cultura, el Instituto Cubano Uruguayo de Cultura, el Instituto Cubano Mexicano de Cultura, el Instituto Cubano Argentino de Cultura, el Instituto Cubano Panameño de Cultural, el Instituto Cubano Venezolano de Cultura, el Instituto Cubano Puertorriqueño de Cultura, el Instituto Cubano Hondureño de Cultura, el Instituto Cubano Haitiano de Cultura y el Instituto Cubano Brasileño de Cultura, por solo citar algunos ejemplos.

De modo que con un terreno ya ocupado por los vecinos más cercanos de la mayor de las Antillas y otros “amigos” lejanos, la diplomacia cultural

⁶ FERNÁNDEZ ARRONDO, Ernesto, “El Instituto Cubano Español de Cultura”, en *Diario de la Marina*, La Habana, domingo, 5 de septiembre de 1948, no. 212, año CXVI, p. 36.

⁷ A inicios de marzo de 1943, el *Diario de la Marina* dio a conocer en una nota de prensa el interés de Inglaterra por fundar en América Latina Institutos Culturales Angloamericanos para estimular a través de la cultura y no de las armas los principios de solidaridad entre ambos continentes.

franquista se vio obligada hacer concesiones y romper de tajo con el tradicional esquema de dependencia establecido durante la Guerra Civil española y consolidado, pese a todos los contratiempos, durante el primer franquismo. Baste recordar en este sentido, la subordinación de Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (FET y de las JONS) a la Delegación Nacional del Servicio Exterior de FET, encargada de diseñar el soporte administrativo en Ultramar, redactar los estatutos de la agrupación y nombrar al jefe o delegado de la Junta de Mando de España en la isla, quien a su vez designaba al consejo directivo y controlaba el acceso de sus miembros a través del pago de una cuota mensual obligatoria y la cooptación como mecanismo de admisión.

En esta segunda etapa, definida por un espíritu de cooperación más que de subordinación, el ICH otorgó a todas sus filiales hispánicas un carácter autónomo y neutro, desligado de la Embajada española, y sin financiamiento económico. Confiaba en que fueran los propios “residentes en el país receptor –bien fueran latinoamericanos o españoles- los que corrieran con los gastos de puesta en funcionamiento”⁸. En el caso de Cuba, esta libertad asociativa y supuestamente apolítica estimuló la integración de nuevos grupos y antiguos simpatizantes de Francisco Franco, distanciados, durante la contienda fratricida en la península y el primer franquismo (1939-1945), de la vieja militancia falangista y de las redes asociativas de la derecha hispano-cubana por el temor al peso de la etiqueta fascista. Del período precedente solo el santanderino Enrique Gancedo Toca, el gallego Ramón Cal Pita y, posteriormente, el español Sacramento Marina Valdés volverían apostar sin empacho por la “nueva” España⁹. En líneas generales, la nómina del ICCE estuvo integrada por una variopinta gama de profesiones. Hablamos de abogados, políticos, hombres vinculados con el comercio español, profesores del Colegio de Belén y de la recién creada Universidad Católica de Santo Tomás de Villanueva, así como de periodistas, columnistas y colaboradores del *Diario de la Marina*, *El País*, *Mañana*, *Información* y de las revistas *Cuba. Raíz de España en América*, *Cultura Hispánica* y *Noverim*.

⁸ ESCUDERO, María. A, *El Instituto de Cultura Hispánica*, Madrid, Fundación MAPFRE, 1994.

⁹ Para ampliar información sobre el proceso asociativo de la derecha hispano-cubana durante la Guerra Civil española hasta 1942, véase al respecto FIGUEREDO CABRERA, Katia, *Cuba y la Guerra Civil Española. Mitos y realidades de la derecha hispano-cubana (1936-1942)*, La Habana, Editorial UH, 2014.

En la primera junta directiva del centro figuró el jurista José Agustín Martínez Viademonte (presidente), el abogado y político José Manuel Cortina García (primer vicepresidente), el destacado hispanista José María Chacón y Calvo (segundo vicepresidente), el abogado Manuel Pérez Picot (secretario), el periodista gallego Antonio Docampo de la Fuente (vicesecretario), el comerciante Enrique Gancedo Toca (tesorero), el comerciante gallego José Justo Martínez (vicetesorero), el abogado Manuel Dorta Duque (interventor) y el funcionario Félix Chediak Ahuayda (viceinterventor)¹⁰. En el marco de este clima de oportunidades para una acción colectiva, la presencia femenina tuvo que esperar dos años después de los acuerdos emanados de la I Reunión de Directivos de las Filiales Hispánicas en América Latina (Madrid, 1952) para hacerse sentir en los salones del Automóvil y Aéreo Club de Cuba. Con todo, la integración de la mujer hispanoamericana al proyecto comunitario nunca se concibió en plena igualdad de condiciones y derechos con relación a los hombres. En lo referente al tema, la cita madrileña insistió en la necesidad de cristalizar el modelo de mujer hispánica a imagen y semejanza de la mujer española, diseñada por Rafael Gil Serrano en las páginas de su libro *Nueva visión de la Hispanidad* (1947) y tratar de lograr con su inclusión un mayor compromiso de las asociadas con el hogar, la familia y las costumbres cristianas muy a tono “con las necesidades del mundo actual y con el sentido hispánico tradicional de la familia, célula esencial de toda la Sociedad”¹¹. Delineados todos los parámetros y cursadas las orientaciones pertinentes, en mayo de 1954 quedó constituida la Sección Femenina del ICCE, bajo la dirección de la profesora de música Hilda Ruiz Castañeda y un grupo de distinguidas damas al frente de varios departamentos. La Sección de Biblioteca estuvo integrada por Isis Bermúdez López, Lilia Castro Amargós y Sara Falero; la de Bellas Artes por María Luisa Peón, María Luisa Torrén, Adela Téllez, Mercedes Hernández y Matilde Álvarez Frank; la de Intercambio Cultural por Begoña López, Estrella Terrén, María Teresa de la Campa Roff y Conchita Sierra y la de Prensa y Publicidad por Mercedes

¹⁰ Así quedó constituida oficialmente la junta directiva del ICCE, publicada en el *Diario de la Marina* el 15 de agosto de 1948. En las actas de la asociación, conservadas en el Archivo Nacional de Cuba (ANC), solo constan los nombres de la junta directiva provisional, aprobada el 17 de julio del citado año. ANC, *Fondo Registro de Asociaciones*, legajo 310, expediente 5043.

¹¹ SÁNCHEZ BELLA, Alfredo, “Finalidades, organización y orientaciones fundamentales de los Institutos de Cultura Hispánica”, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, octubre, 1957, no. 94, p. 11.

Sigarroa, Adela Jaume García, Isabel Margarita Ordetx, Luisa Muñoz del Valle, Lolo Acosta y María Julieta Orizondo.

Pero, volvamos a los momentos iniciales de la fundación del centro hispano-cubano. Una vez elegida la junta directiva sus miembros se dieron a la tarea de confeccionar el emblema de la colectividad. Tras largos debates y la evaluación de varios diseños, la imagen plástica quedó representada de la siguiente forma: tres



carabelas de Colón entre las columnas de Hércules, dos esferas del mundo indicando, una, la posición geográfica de España dentro del viejo continente, y, la otra, la de Cuba en el Nuevo Mundo; y debajo el rótulo Instituto Cultural Cubano-Español. De manera que a la llegada de Joaquín Ruíz-Giménez a La Habana muy poco quedaba por hacer. Al primer presidente del ICH solo le correspondería la inauguración oficial del Instituto, que tuvo lugar la noche del 3 de septiembre de 1948 después de su conferencia “¿Hacia un futuro de Derecho Cristiano?”. Al finalizar el acto, Ruíz-Giménez hizo entrega de una colección de libros para la futura Biblioteca Hispánica del ICCE e informó al público asistente acerca de las gestiones para el traslado a la isla de los restos de la poetisa camagüeyana Gertrudis Gómez de Avellaneda¹². También compartió con los presentes su

¹² Los restos de Gertrudis Gómez de Avellaneda y de su esposo Domingo Verdugo reposaban en el cementerio de Sevilla, propiedad del Ayuntamiento que se había hecho cargo de su restauración y mantenimiento, después de un abandono progresivo por varios años. A petición del gobierno cubano, en 1948 España accedió a autorizar el traslado, pero el aislamiento internacional impuesto al país y los problemas diplomáticos con Cuba impidieron su concreción. En aquella ocasión, el régimen franquista se comprometió a asumir los gastos del viaje y solo señaló, en obediencia al protocolo, la conveniencia de designar un comité cubano que fuera a recoger los restos. Las gestiones se iniciaron en los meses finales del gobierno de Ramón Grau San Martín, quien, incluso, dictó un decreto otorgando una suma de dinero para financiar los gastos del comité, pero con el cambio de gobierno la iniciativa quedó paralizada y sobre ella se acumuló el polvo de la indiferencia y el olvido.

satisfacción por las labores del Comité Pro-Monumento en Madrid al periodista José Ignacio Rivero Alonso, el cual presidía, y ratificó, antes de la despedida, su confianza en que la creación del nuevo escenario cultural en la mayor de las Antillas contribuiría de manera decisiva a afianzar los vínculos entre ambas naciones¹³.

Por estos mismos caminos discurrieron las primeras declaraciones a la prensa de José Agustín Martínez Viademonte. El destacado jurista presentó al ICCE como parte de un movimiento de amplia proyección cultural, distanciado de todo partidismo político: “[...] el nuevo Instituto a diferencia de otros no se mezclará para nada en el problema político de ninguno de los dos pueblos cuyos lazos culturales, de mutuo amor y respeto, intenta fomentar”¹⁴. En consonancia con él, unas semanas antes, el periodista Arturo Alfonso Roselló, preparándose para el ataque, se había asegurado de justificar el carácter neutral del ICH en un extenso artículo:

El Instituto de Cultura Hispánica no roza, queremos advertirlo, lo que pueda haber de pugnaz en la agria disputa política. Es un centro cultural, un organismo neutro, que busca contacto con los países del mismo origen y de la misma habla, con el afán de que en el viejo y en el nuevo mundo se mantengan vigentes los vínculos imponderables de la tradición, de una fe, de un ideal y de una gloria que les son comunes. Cuando en todas las repúblicas de estirpe ibérica de este hemisferio hayan filiales del Instituto de Cultura Hispánica, como ya lo juzgo inaplazable, preparado el terreno para crear uno o muchos órganos de publicidad que nos enteren, que nos informen, que nos aleccionen recíprocamente; el escritor de Chile nos será tan familiar como el poeta de Guatemala o el comediógrafo del Uruguay; y en España como en Cuba nos enteraremos a tiempo de cada suceso artístico o literario que se registren en nuestros pueblos, exposición o recital, concierto o estreno de drama, en vez de seguir dependiendo de estos resúmenes depresivos que el cable o la radio divulgan, y en los que predomina la inundación, el terremoto o el estallido de una guerra civil¹⁵.

¹³ Para ampliar información sobre las labores en La Habana del “Comité Pro-Memoria José Ignacio Rivero” y la inauguración de su estatua en el Parque del Oeste de Madrid, véase al respecto FIGUEREDO CABRERA, Katia, “Impresiones de un periodista olvidado”, en *Espacio Laical*, 4 (2014), pp. 48-53.

¹⁴ ROLDÁN VIÑAS, Miguel, “El Instituto Cultural Cubano-Español”, en *Raíz. España en América*, La Habana, agosto-septiembre, no. 4, año I, 1948, p. 10.

¹⁵ ALFONSO ROSELLÓ, Arturo, “Perspectiva hispánica. El Director del Instituto de Cultura Hispánica”, en *Diario de la Marina*, La Habana, jueves, 19 de agosto de 1949, no. 197, año CXVI, p. 17.

Aunque, a los efectos prácticos, Martínez Viademonte aspiraba a borrar del imaginario colectivo el impacto del fantasmagórico mito falangista, creado durante la década de 1940 en la sociedad civil cubana, y su colega Alfonso Roselló pretendía ennoblecer la imagen del centro madrileño¹⁶, ambas declaraciones fueron rechazadas por los detractores de Francisco Franco en la isla que, una vez más, sobredimensionaron sin reparos la nueva estrategia colectiva de sus enemigos históricos. Así se expresaba, por ejemplo, Sergio P. Alpízar:

Ya han instalado su cenáculo conspirativo con el eufemismo de Instituto Cultural Kubanoespañol, rama colateral de la Falange y el FBI yanqui, a cuya inauguración asistió el misionero falangista Ruiz Jiménez, asistido de la plana mayor del integrismo insular con Gancedo y el Padre Rubinos a la cabeza¹⁷.

Hechizado aun por el recuerdo de la FET y de las JONS de Cuba, el comunista cubano añadía: “Los falangistas ya no arriban con el brazo en alto y el Heil Hitler en los labios como otrora. Ahora se disfrazan de inofensivos misioneros de la cultura [...]”¹⁸. En esencia, Alpízar catalogaba al ICCE como un foco de conspiración antidemocrática dispuesto a transformar el país en una colonia yanqui e instaurar un gobierno de corte fascista al estilo español. Sin ninguna reserva recriminó, igualmente, la condescendencia del Estado cubano hacia los conferencistas hispanos y la llegada a la isla de las misiones culturales y religiosas, encargadas, en su opinión, de sembrar el veneno de la propaganda. Es más, al acecho de los ambiciosos planes del dictador español, los marxistas cubanos interpretaron el reagrupamiento cultural como parte de un florecimiento de las actividades falangistas en el país y desmintieron las intenciones de confraternidad expresadas por José Agustín Martínez en la prensa:

A juzgar por su composición predominante puede afirmarse, sin temor a equivocación, que el Instituto Cultural Cubano-Español, no es cultural, ni español, porque no traduce una ansiedad de cultura, sino una política fascista-

¹⁶ Para ampliar información sobre el mito falangista creado en Cuba durante los primeros años de la década de 1940, véase al respecto FIGUEREDO CABRERA, Katia, *op.cit.*

¹⁷ ALPÍZAR, Sergio, “Falangistas con sotana”, en *Noticias de Hoy*, La Habana, sábado, 11 de septiembre de 1948, no. 217, año XI, p. 2.

¹⁸ ALPÍZAR, Sergio, “La penetración falangista es una amenaza para la cultura cubana”, en *Noticias de Hoy*, La Habana, martes, 7 de septiembre de 1948, no. 213, año XI, p. 5.

clerical, porque no representa, en su esencia noble y hermosa, a la cubanidad y españolidad verdadera [...] ¹⁹.

Con un tono más enfático, la revista *Nosotros. España Republicana* volvió a remarcar la quimera del proyecto cultural. A juicio de sus redactores, la verdadera intelectualidad española se encontraba recluida en las cárceles franquistas y en el exilio, y los integrantes del ICCE, los “bodegueros de la cultura” y “los traidores a la patria”, solo pretendían servir y obedecer a las aspiraciones del Caudillo a través del nuevo “hijuelo del Consejo de la Hispanidad” o, lo que era igual, de la principal agencia de la Falange Española en Cuba. Por lo tanto, para ellos, sus miembros no simbolizaban la intelectualidad y mucho menos la cultura cubana, atrincherada en el “campo del antifranquismo de una manera decidida, porque fascismo y cultura son antagónicos” ²⁰. En esta misma dirección, el intelectual comunista Juan Marinello Vidaurreta resumía con ejemplos concretos la situación real de la cultura en la península:

En la España decente de hoy la poesía se llama Rafael Alberti, la música Pablo Casal, el ensayo José Bergamín, la pintura Pablo Picasso, la ciencia José Giral. Y estos hombres distintos de la cultura española son, naturalmente, amigos del pueblo y enemigos de Franco y de sus Institutos ultramarinos ²¹.

Frente a las recriminaciones de sus detractores, los paladines de la Hispanidad ensalzaron la creación del centro como un mecanismo decidido a recobrar el tiempo perdido mediante la formación de una gigantesca y espléndida empresa cultural, cimentada en los históricos vínculos hispano-cubanos. En sus parabienes al ICCE, el *Diario de la Marina* se vanaglorió con sarcasmo de la “rotunda derrota de la hispanofobia, de los enemigos de una España insobornable” ²² y de los ataques frenéticos de sus adversarios, que “a falta de mejores razones lo tildan de instrumento de penetración

¹⁹ GONZÁLEZ MARTÍN, Diego, “Renace la actividad del falangismo en Cuba”, en *Noticias de Hoy*, La Habana, sábado, 21 de agosto de 1948, no. 199, año XI, p. 1.

²⁰ “Crece la actividad falangista en Cuba”, en *Nosotros. España Republicana*, La Habana, sábado 21 de agosto de 1948, no. 86, año II, p. 1.

²¹ MARINELLO, Juan, “Penetración falangista en la cultura”, en *Noticias de Hoy*, La Habana, viernes, 20 de agosto de 1948, no. 198, año XI, p. 6.

²² “El Instituto Cubano-Español de Cultura”, en *Diario de la Marina*, La Habana, martes, 24 de agosto de 1948, no. 201, año CXVI, p. 4.

franquista”²³. Desde Madrid tampoco faltaron los panegíricos. En el mes de agosto de 1948, la revista *Información Hispánica* anunció como una de las noticias más importantes del mes la constitución en la isla de la referida filial y su importancia para la regeneración del nuevo espíritu hispano:

Cuba es el punto neurálgico de lo que un hispanoamericano ha llamado en expresión feliz la Hispanidad del dolor. Es el punto de confluencia de tendencias, influencias y movimientos extraños al propio ser. En su entorno giran los girones del cuerpo roto de la hispanidad, perdidos y distanciados del espíritu matriz. En esta tierra, que es clave de lo que el espíritu español ha sido en la historia atormentada de los últimos cincuenta años, se señala una extraordinaria activación cultural en todos los órdenes²⁴.

Pero, más allá de las diatribas de los comunistas cubanos y de la confianza de España en una dinamización cultural en la *siempre fiel isla de Cuba*, desde su nacimiento el ICCE tropezó con una realidad económica muy adversa, consecuencia del sistema de autofinanciamiento dispuesto por la Dictadura franquista. La cuota mensual obligatoria que sus asociados debían abonar nunca llegó a cubrir las necesidades básicas de la entidad y los gastos casi siempre fueron superiores a los ingresos. Fijémonos en este resumen de sus estados de cuenta. En 1952 el centro recaudó 223 pesos e invirtió 409. En 1953 ingresó 24 pesos y desembolsó 385. En 1954 no percibió ingresos y aun así gastó 66. En 1955 embolsó 150 pesos e invirtió 251. En 1956 recaudó 71 pesos y desembolsó 44. En 1957 ingresó 6 pesos y consumió 145. Mientras que en 1958, el mejor año de su corta historia, logró recaudar 1.214 pesos y gastar 1.159. En síntesis, según las estadísticas de cobros y pagos, en 1952 el Instituto conservaba en caja 1.730 pesos que fueron reduciéndose drásticamente. Al finalizar 1958 solo 55 pesos constaban en sus arcas²⁵. El siguiente gráfico ilustra más al respecto.

²³ Ídem.

²⁴ “Fundación del Instituto Cultural Cubano-Español”, en *Información Hispánica*, Madrid, octubre de 1948, no. 4, año I, p. 19.

²⁵ ANC, *Fondo Registro de Asociaciones*, legajo 210, expediente 5043.

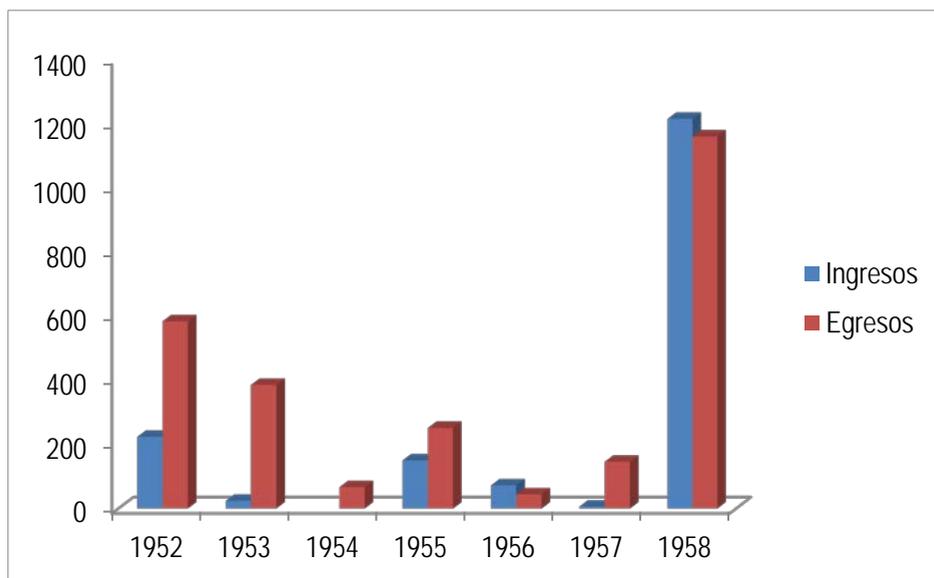


Gráfico 1: Elaboración propia sobre la base de datos del ANC, Fondo Registro de Asociaciones.

Sin que sea posible hacer aseveraciones concluyentes no sería arriesgado afirmar, una vez estudiadas estas cifras, la incuestionable falta de apoyo por parte de la embajada española al ICCE y el poco interés de la Dirección de Cultura del Ministerio de Estado cubano por subvencionar dicha iniciativa privada²⁶. Lo contrario sucedió, por ejemplo, en Chile, donde su Instituto, a pesar de las polémicas ocasionadas, se sostuvo inicialmente con los fondos del propio recinto diplomático gracias a la inclusión de varios dirigentes políticos en su junta directiva y del embajador hispano como presidente honorario del Patronato²⁷. Desde luego, esta persistente crisis económica condicionó muchos de los empeños del centro

²⁶ En 1950, por ejemplo, el ICCE no aparecía en la larga lista de asociaciones culturales asistidas por la Dirección de Cultura. “Relaciones de entidades subvencionadas por la Dirección de Cultura”, en *Diario de la Marina*, La Habana, viernes, 12 de mayo de 1950, no. 112, año CXVIII, p. 13.

²⁷ Esta situación, muy criticada por el jurista e historiador chileno Jaime Eyzaguirre, motivó su negativa a formar parte del nuevo centro y la reacción inmediata de España de que “una de las figuras más eminentes del hispanismo chileno se desmarcara de aquella iniciativa”. Por órdenes estrictas de Madrid, el embajador español rechazó la inclusión de su nombre en la lista del Patronato e hizo saber su desacuerdo para ocupar cualquier puesto en el Instituto. Para ampliar información véase al respecto CANELLAS MAS, Antonio, “Las políticas del Instituto de Cultura Hispánica, 1947-1953”, en *HAO*, 2014, pp. 77-91.

cultural cubano por alcanzar las metas trazadas desde el modelo tradicional y ultracatólico, que la España franquista intentaba exportar al Nuevo Mundo. Atado de pies y manos, el ICCE no tuvo más opciones que estrechar relaciones con otros organismos afines (públicos y privados) para proveerse de los medios y los instrumentos indispensables. También se vio precisado a esperar diez años para ver materializado el proyecto de crear una Biblioteca Hispánica, donde depositar los periódicos, las revistas, los folletos y los libros; lo que rompió de tajo con las aspiraciones del entonces subdirector del ICH, Alfredo Sánchez Bella, de instalar el local sin demora una vez puesta en marcha la filial hispánica en la isla. Tales deseos quedaron recogidos en una carta enviada a José Agustín Martínez Viademonte el 20 de octubre de 1948:

Esta biblioteca [...], debe funcionar en cada país, junto al Instituto de Cultura Hispánica, pero como un servicio independiente del mismo, deberá montar sus servicios de lectores a domicilios, secciones especializadas, organizar cursos de conferencias, etc. Ello hará posible que los Institutos [...] puedan tener vida propia, un crecido número de universitarios estudiando alrededor, una información al día de toda la producción intelectual de nuestros pueblos y unas posibilidades únicas de formación de minorías selectas²⁸.

Pero en su misiva Sánchez Bella no solo dejaba establecida las líneas de funcionamiento general para las futuras Bibliotecas Hispánicas del continente. En el caso de la mayor de las Antillas manifestaba confianza en su favorable acogida, las gestiones idóneas para su instalación, la disponibilidad de subvenciones necesarias para el sostenimiento del local y de todo el personal, y el activo intercambio de materiales que la misma generaría con la Biblioteca Central de Madrid y los Institutos establecidos en los países hispanoamericanos. En su horizonte mental de gran soñador, el nuevo proyecto ayudaría al nacimiento de un solo movimiento y una sola corriente cultural, enriquecida por los matices y las aportaciones originales de las minorías intelectuales de cada uno de los pueblos miembros de la gran familia hispánica. Sería, en otras palabras, el vehículo de contacto idóneo para dar a conocer el patrimonio español, los nuevos valores emergentes y las principales tendencias ideológicas dominantes.

²⁸ “Grandes bibliotecas hispanoamericanas. (Texto de la carta a este respecto, enviada por el Instituto de Cultura Hispánica, de Madrid, al Presidente del Instituto Cultural Cubano-Español)”, en *Diario de la Marina*, La Habana, domingo, 21 de noviembre de 1948, no. 278, año CXVI, p. 52.

El optimismo inicial de la primera junta directiva del ICCE tropezó además con los planes de publicar un boletín semanal. De modo que las funciones de la Comisión de Revista quedaron reducidas a los pequeños espacios promocionales que, con frecuencia, le brindaba el *Diario de la Marina, Mañana e Información*, así como las revistas *Cuba y España* y *Raíz. España en América*. El ICH hizo también su parte en las páginas de *Índice Cultural Español, Mundo Hispánico* y *Correo Literario*. En realidad, salvo el Instituto Colombiano de Cultura Hispánica –vinculado al Ministerio de Educación y más tarde al de Cultura–, ninguna de las filiales en América logró mantener una actuación publicista y editorial sostenida y relevante durante sus años de existencia²⁹. Al calor de las andaduras iniciales otras iniciativas, sugeridas por el centro cubano, quedarían en el papel. Hablamos básicamente de la organización anual del Salón de Otoño³⁰, a modo de exposición de Bellas Artes; la presentación en La Habana de una gran muestra de carteles españoles y la celebración del IV Centenario del nacimiento del sociólogo y jesuita granadino Francisco Suárez (1548-1617) a propuesta de José Rubinos Ramos en una de las primeras reuniones mensuales del Instituto³¹.

El mismo panorama sombrío se observó, de igual manera, en las pretensiones de establecer conexiones con otros centros análogos del

²⁹ Al respecto véase “Los “otros” institutos: bibliografía preliminar de la producción editorial de los Institutos de Cultura Hispánica en España e Iberoamérica”, *La huella editorial del Instituto de Cultura Hispánica*, Madrid, Fundación MANPFRE TAVERA, 2003, pp. 241-267.

³⁰ Salón de Otoño: Exposiciones organizadas por la Asociación de Pintores y Escultores de Madrid. Era uno de los certámenes semioficiales supervivientes del conflicto civil español. Al respecto véase CABAÑAS BRAVO, Miguel, *La política artística del franquismo. El hito de la Bienal Hispano-Americana de Arte*, Madrid, R.B. Servicios Editoriales, S.A., 1996, y LLORENTE HERNÁNDEZ, Ángel, *Arte e ideología en el franquismo (1936-1951)*, Madrid, Visor. Dis., S.A., 1995.

³¹ Con ocasión del IV Centenario del nacimiento de Francisco Suárez, la revista católica *Razón y Fe* (julio-octubre de 1948) dedicó un voluminoso número monográfico a su vida y obra. En ese mismo año aparecieron publicados además dos textos: *La gnoseología del Doctor Eximio y la actuación nominalista*, de José María Alejandro, y *La analogía del ser y el conocimiento de Dios en Suárez*, de José Hellin. Como parte de estas festividades conmemorativas, el 6 de mayo de 1948, la Facultad de Filosofía de Chamartín honró su memoria con un acto académico. Un espacio similar le fue reservado en el Congreso Internacional de Filosofía, celebrado en Barcelona por el Instituto “Luis Vives” de Filosofía. Los actos suarecianos encontraron eco también en Portugal, donde reposaban los restos del sociólogo granadino y, de manera particular, en la Universidad de Coimbra, uno de sus últimos centros de estudios.

continente. Todo apunta a que esta aspiración solo se consiguió, a medias, con el Instituto de Cultura Hispánica de México³². Peor suerte corrió el empeño de extender la acción cultural a todas las ciudades de Cuba y organizar en ellas ciclos de conferencias y exhibiciones cinematográficas. A diferencia de la red de reclutamiento lograda por el Comité Nacionalista Español y la FET y de las JONS a lo largo y ancho de la geografía insular entre 1936 y 1939³³, en esta segunda etapa la maquinaria institucional de la diplomacia franquista circunscribió sus actividades a los estrechos perímetros de la capital cubana, poniendo en evidencia los pocos recursos económicos y lo engorroso, por ende, de cimentar los incentivos de la sociabilidad cultural de manera que le permitiera ampliar su reducida base asociativa.

Pese a todos estos factores en su contra existían sobradas razones para alentar la ilusión. Durante los primeros años, la filial hispánica fue testigo de una avalancha de “intelectuales misioneros”, del mundo eclesiástico y civil, con el objetivo de enfrentar por medio de la palabra los temidos fantasmas del jefe de Estado español. A saber: la masonería, el liberalismo, el marxismo, el ateísmo, el protestantismo, el racionalismo, el materialismo y el aterrador comunismo. A estos “embajadores de la cultura hispana” se les confió además la tarea de combatir otras dos pesadillas más vistas con mucha aversión por el régimen: las teorías positivistas de Augusto Comte y las evolucionistas de Carlos Darwin. La primera por su rechazo a todo conocimiento que no llegara al hombre por medio de la percepción sensitiva, haciendo tabla rasa de los valores espirituales, y la segunda por la exclusión de Dios en el proceso de creación de la especie humana. Para los mentores del franquismo, la civilización occidental asistía a una crisis general del humanismo en sus dos dimensiones: la temporal y la parcial; o sea, la de la razón y la voluntad desarrollada de la jerarquía del Ser. Este proceso de disgregación iniciado con el Renacimiento, continuado por la Reforma protestante y desarrollado por el espíritu reaccionario del positivismo, había dejado al hombre sin respuesta. De ahí su machacada insistencia en el retorno a las esencias cristianas, a ese catolicismo integral de espíritu creador, rector del mundo moderno y guía de los valores permanentes del

³² El Instituto de Cultura Hispánica de México se fundó a inicios de octubre de 1948, aprovechando, al igual que en Cuba, la visita de Joaquín Ruíz-Giménez. Al acto de inauguración asistió, además del presidente del ICH, el sacerdote jesuita Mariano Cuevas, José Gallostra, Augusto Ibáñez, Juan Sánchez Navarro y los escritores Alfonso Junco y Nemesio García Naranjo, entre otros.

³³ Para ampliar información véase al respecto FIGUEREDO CABRERA, Katia, *op.cit.*

ser y la cultura, sobre el cual debía descansar el futuro de toda la humanidad para alcanzar la verdadera justicia.

Dentro del primer grupo, los del mundo religioso, cabría citar la visita a los salones del Automóvil Aéreo Club de Cuba de los padres Juan Tusquets, Joaquín Aspiazu, Miguel Batllori, José Ignacio Martín Artajo, Alfredo Tabera Araoz, Manuel Suárez Fernández y Pedro Arrupe. Y dentro del segundo bloque, los del ámbito civil, a Francisco de Cossío, director del Museo de San Gregorio de Valladolid; al novelista y biógrafo Luciano Taxonera; a Luis Rosales del Riego, Leopoldo Panero, Antonio Zubiaurre y Agustín de Foxá –estos cuatro integrantes de la llamada “Misión Poética” que a finales de 1949 visitó La Habana³⁴; más el literato gallego Eugenio Montes Domínguez, el escritor y diplomático Ernesto Giménez Caballero y el ensayista Guillermo Díaz-Plaja.

En la práctica, el ICCE logró hacer realidad, a cuentagotas, muchas de las iniciativas programadas por el ICH. Es más, desde su propio arranque, no escatimó en poner sus escasos recursos económicos en función de toda la fiebre de conmemoraciones que el franquismo hizo suya desde “la versión católica conservadora, más atenta a los indisolubles vínculos de la nación con la defensa de la fe religiosa y de la monarquía”³⁵. Un fenómeno que, con acierto, Javier Moreno Luzón ha dado en llamar *centenariomanía* o *conmemoracionitis*³⁶. Al servicio de esta concepción, el Instituto cubano organizó y celebró en su local social el I Centenario de la muerte de Jaime Balmes Urpía (1949), el V Centenario del nacimiento de los Reyes Católicos (1951), el I Centenario del natalicio de Marcelino Menéndez Pelayo (1956) y IV Centenario de la muerte de Carlos V (1958). A lo que cabría añadir, solo a modo de un dato más, su destacada participación en las gestiones organizativas para la celebración en La Habana de la II Bial Hispanoamericana de Arte (1954)³⁷. Ahora bien, no deja de ser sintomático al respecto que, pese a este entusiasmo y a la pujante presencia de

³⁴ Para ampliar información sobre la “Misión Cultural española” véase al respecto FIGUEREDO CABRERA, Katia, “Cuba en la estrategia cultural de la España franquista”, en *Pensamiento y Cultura*, 10 (2007), pp. 191-207.

³⁵ MORENO LUZÓN, Javier, “Mitos de la España inmortal. Conmemoraciones y nacionalismo español en el siglo XX”, en Forcade, Carlos; Salomón, Pilar y Saz, Ismael *Discursos de España en el siglo XX*, València, Universitat de València, 2009, p. 131.

³⁶ Ídem.

³⁷ Para ampliar información sobre la celebración en La Habana de la II Bial Hispanoamericana y la participación del ICCE, véase al respecto FIGUEREDO CABRERA, Katia, “La Segunda Bial Hispanoamericana de Arte”, en *Espacio Laical*, 3 y 4 (2015), pp. 48-54.

académicos españoles -al menos- en sus años iniciales, el ICCE no recibiera por parte de España la compensación esperada para estimular la integración de los más jóvenes, *la prometedor reserva de la Hispanidad*. Hasta 1959, la concesión de becas estuvo muy por debajo de las expectativas creadas y los cupos anuales en muy contadas ocasiones beneficiaron a la isla. La generosidad casi siempre favoreció a Argentina e, incluso de manera sorprendente, hasta al hostil México³⁸. Tan es así que en 1956, en el homenaje tributado por el Instituto a Alfredo Sánchez Bella con ocasión de su última visita a La Habana, José Agustín Martínez Viademonte expresó a tono con este sentir que Cuba era “una especie de punta de lanza en el corazón de América, por eso debe recibir más ayuda”³⁹. La siguiente tabla ilustra con cifras lo expuesto:

Años	Becas concedidas a Cuba
1948	3
1949	4
1950	6
1951	4
1952	6
1953	5
1954	6
1955	6
1956	5
1957	4

Tabla 1: Elaboración propia a partir de la información contenida en ESCUDERO, María. A, op.cit.⁴⁰.

³⁸ Durante el curso 1950-1951, el IHC concedió 13 becas a Argentina, 2 a Bolivia y 15 a México. En el curso de 1952-1953 disminuyeron las plazas, pero aun así estos tres países continuaron beneficiándose: 11 a Argentina, 9 a Bolivia y 7 a México. Y en el curso siguiente, 1953-1954, fueron otorgadas 15 plazas a Argentina, 4 a Bolivia y 12 a México.

³⁹ “Sólo en la Comunidad Hispánica se podrán realizar nuestros pueblos, afirmó el Dr. Alfredo Sánchez Bella”, en *Diario de la Marina*, La Habana, martes, 25 de septiembre de 1956, no. 228, año CXXIV, p. 7-B.

⁴⁰ Con relación al número de becas otorgadas en 1948, 1949 y 1951 las cifras se contradicen con las señaladas por María A. Escudero. Según el *Diario de la Marina* (noviembre de 1948, julio de 1949 y junio de 1951) en estos años se le concedieron a Cuba 6 becas para estudiantes graduados, exclusivamente varones, menores de 30 años. En 1950, según

Menos acertada resultó aun la política del ICH de dejar en manos de los gobiernos latinoamericanos la financiación de una buena parte del desplazamiento de sus becarios, lo que no siempre pudo realizarse con éxito, así como de repetir con machada insistencia en el carácter económicamente independiente de las filiales hispánicas, desatendiéndose de sus acuciosos problemas materiales y monetarios. Con excepción del Instituto Cuyano de Cultura Hispánica, el Instituto de Cultura Hispánica de Santiago de Chile, el Instituto Costarricense de Cultura Hispánica y el Instituto de Cultura Hispánica de Asunción, ningún otro centro de América Latina contó con las bondades monetarias del ICH y la Dirección General de Relaciones Culturales (DGRC), ambos pertenecientes al Ministerio de Asuntos Exteriores (MAE)⁴¹. Desde luego, lo apresurado de poner en marcha un proyecto voluntarista con pocos recursos económicos confirmó que, al menos en sus inicios, los objetivos reales del ICH respondieron más a una coyuntura particular que a una seria empresa de rescate cultural. Por ello, atenazado en su propia red ante la falta de respaldo oficial por parte de los gobiernos del continente, el centro madrileño no tuvo más opciones que dejar que las delegaciones americanas ajustaran el esquema de actividades a su propia realidad, insistiendo, eso sí, en que como mínimo fueran capaces de implementar instrumentos idóneos de relaciones públicas que les permitieran celebrar “semanas del cine, del libro, del folklore, de la música iberoamericana, etc.”⁴². Se partía del criterio de que por muy poco que fuera el caudal disponible, esta finalidad podía cumplirse cabalmente.

Pero, detrás de esta aparente y resignada conformidad se movían otros conflictos mucho más comprometedores para la futura suerte de las filiales transoceánicas. Ya no se trataba del apoyo o las simpatías que estas podían generar allende el Atlántico, de la carencia de presupuestos o del carácter improvisado de su fundación. La realidad se mostraba mucho más sombría al interior de la cúpula del régimen y presagiaba, a todas luces, la ralentización en la marcha de un diseño cultural dispuesto a avanzar en el largo camino de las realizaciones. En febrero de 1952, la rivalidad entre la DGRC y el ICH, llegó a uno de sus puntos más encendidos cuando Juan

Escudero, se concedieron 6 becas, pero el periódico cubano solo reportó la concesión de 4. Las cifras de la historiadora española coinciden, sin embargo, con las ofrecidas por la revista *Carta de Información* de los citados años.

⁴¹ Al respecto véase ESCUDERO, María. A, *op.cit.*

⁴² SÁNCHEZ BELLA, Alfredo, “Finalidades, organización y orientaciones fundamentales de los Institutos de Cultura Hispánica”, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, octubre, 1957, no. 94, p. 7.

Pablo de Lojendio, el entonces director general de Relaciones Culturales, atacó públicamente a Alfredo Sánchez Bella en la reunión del Patronato del Instituto.

La intervención de Lojendio [...], estuvo centrada en la necesidad de coordinar las actividades del Instituto de Cultura Hispánica con los otros organismos culturales españoles [...] orientados a insistir en que el Instituto no debería marchar a su aire, sino cooperar de manera conjunta con los otros entes para evitar repeticiones inútiles⁴³.

Sin escatimar en recriminaciones, Lojendio se refirió al fracaso del proyecto cultural en Argentina, Chile, Cuba y México. De la lista solo excluyó a aquellos países en los cuales la ayuda diplomática había sido decisiva para su fundación y establecimiento. Sintomática fue a este respecto su propuesta de delegar en la DGRC la creación de nuevos centros con el objetivo de poner fin a la visible inoperancia del ICH. Pero, así y todo, tampoco su departamento logró escapar de otras demoledoras críticas. Antes de que finalizara el año, una fuerte embestida recayó sobre él y Sánchez Bella durante los largos debates en torno a la propuesta de crear el Instituto Español de Cooperación Intelectual para imponer y difundir más allá de las fronteras nacionales “el modo propio de pensar –o sentir- tradicionalista”⁴⁴. En el documento resultante de la cita, titulado “Informe sobre una posible organización de la acción cultural española en el mundo”, se afirmaba que:

El Instituto se ha caracterizado por la táctica permanente de organizar aparatosas manifestaciones de apariencia intelectual, costosos traslados de congresistas reunidos al azar, caravana por España, y aprobación final por unanimidad de conclusiones desmesuradas, sin que por supuesto haya quedado hasta ahora de estos Congresos ni una sola realidad concreta. Como balance de

⁴³ REDONDO, Gonzalo, *Política, cultura y sociedad en la España de Franco (1939-1975)*, Pamplona, Ediciones Universidad de Navarra, S.A., 1999, p. 142. Para ampliar información sobre esta polémica véase además DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA, Lorenzo, *Diplomacia franquista y política cultural hacia iberoamérica 1939-1953*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1988.

⁴⁴ REDONDO, Gonzalo, *op.cit.*, p. 369.

todo ello, ni en España ni en ningún país hispanoamericano ha sido creada hasta ahora ni una sola institución estable al respecto⁴⁵.

Servida sobre la mesa la ineficacia del organismo rector de la diplomacia cultural franquista de cara a Hispanoamérica, en octubre de 1952 el ICH decidió convocar a la I Reunión de Directivos de los Institutos de América Latina para analizar su inactividad, los problemas internos y la relación de todos entre sí y con la entidad matriz. Por Cuba asistió José Agustín Martínez Viademonte, justo en el momento en que la aparente dinámica del ICCE comenzaba a dar las primeras señales de una larga crisis que acompañaría a la entidad hasta el final de sus días⁴⁶. A la renuncia del tesorero Marcelino García Rubiera, le siguió la del secretario Manuel Pérez Picot y, finalmente, la de su presidente en 1957⁴⁷. Esta última requirió, de inmediato, la celebración de una Asamblea General Extraordinaria a inicios de 1958, que por disposición reglamentaria acordó elegir como presidente al vicepresidente José María Chacón y Calvo, que ya desde esa época anunciaba su precario estado de salud y los posibles inconvenientes para su desempeño futuro al frente del centro:

Ya dije en aquella ocasión que por la insistencia de mis amigos muy queridos y generosos, me honraba en presidirlo, sin duda con mucha temeridad de mi parte, ya que mi salud cada vez más precaria y ese cansancio que es el signo cierto de la pesadumbre de los años, no son los más adecuados antecedentes para la función de servicio que supone este cargo⁴⁸.

2. SIN CAMINO DE REGRESO

⁴⁵ “Informe sobre una posible organización de la acción cultural española en el mundo”, p. 8. Tomando de REDONDO, Gonzalo, *op.cit.*, p. 374. Para ampliar información sobre el Instituto Español de Cooperación Intelectual consular este mismo autor.

⁴⁶ Los acuerdos y resultados prácticos de la I Reunión de Directivos de los Institutos de América Latina pueden ampliarse en ESCUDERO, María A., *op. cit.*

⁴⁷ Marcelino García Rubiera fue sustituido por el vicesorero José Justo Martínez y Manuel Pérez Picot por Ángel Aparicio Laurencio. De 1952 a 1957 no se presentó ninguna candidatura nueva, por lo que la directiva del ICCE no tuvo más opciones que poner en vigor el artículo 35 de sus estatutos que estipulaba lo siguiente: “Si no se presentase ninguna candidatura, continuarán los miembros asociados que desempeñaban los cargos a elección, considerándose reelectos”. ANC, *Fondo Registro de Asociaciones*, legajo 210, expediente 5043.

⁴⁸ CHACÓN Y CALVO, José María, “El Instituto Cubano de Cultura Hispánica”, en *Diario de la Marina*, La Habana, miércoles, 16 de abril de 1958, no. 91, año CXXXVI, p. 4-A.

La designación del VI Conde de Casa de Bayona para el puesto directivo del ICCE inauguró una época de renovación estructural que abarcó desde el cambio de nombre, ahora Instituto Cubano de Cultura Hispánica (ICCH), hasta el traslado del domicilio social para los salones del Ateneo de La Habana. Nuevas comisiones de trabajo como las de Teología y Filosofía, Historia, Letras, Ciencias Físicas y Naturales, Arte, Música, Pintura, Derecho y Ciencias Políticas y Económicas -más afines con las directrices culturales de la entidad-, sustituyeron a la casi totalidad de las anteriores, manteniéndose solamente las de Propaganda, Actos Culturales, Revista y Biblioteca y Extensión Cultural. Algo similar ocurrió con el cargo de interventor y vice-interventor que fue eliminado, asumiendo estas funciones el tesorero⁴⁹.

El 27 de enero de 1958, la Asamblea General Extraordinaria del ICCH acordó hacer extensiva las modificaciones reglamentarias al entonces director del ICH, Blas Piñar López; al embajador de Cuba en España, Juan José Remos Rubio; y a su homólogo en la isla Juan Pablo de Lojendio. Unos meses después, el 7 de abril, en presencia del conde de Portalegre, Eduardo Groizard Paternina, ministro consejero de España en La Habana, José María Chacón y Calvo (presidente), Gastón Baquero Díaz (primer vicepresidente), Dulce María Loynaz (segundo vicepresidente), Ángel Aparicio Laurencio (secretario), Miguel Ángel D' Estefano Pizzani (vice-secretario), Juan Joaquín Otero Pérez (tesorero) y Rosaura García Tudurí (vice-tesorera) tomaron posesión de sus cargos, después del compromiso de multiplicar las iniciativas culturales del franquismo en la otrora *siempre fiel isla de Cuba* y afirmar los valores transnacionales del espíritu hispánico sobre la base de la universalidad y la tolerancia, como expresara su nuevo director en el acto inaugural.

Por acuerdo de la junta directiva se decidió que José Rubinos Ramos, José Ignacio Rivero Hernández y José Agustín Martínez Viademonte mantuvieran sus funciones en el Consejo Asesor. Con ellos compartieron funciones un nutrido grupo de intelectuales cubanos como Miguel Ángel Carbonell Rivero, presidente de la Academia Nacional de Artes y Letras;

⁴⁹ El proyecto de reglamento de la asociación fue presentado al Gobierno Provincial de La Habana el 21 de enero de 1958 y el 4 de febrero el gobernador provincial, Francisco Batista Zaldívar, resolvió por decreto inscribir la organización en el Registro Especial de Asociaciones (libro 25, folio 400, expediente 17624). Salvo estas pequeñas modificaciones, el reglamento de la asociación se mantuvo inalterable. Para ampliar información consultar ANC, *Fondo Registro de Asociaciones*, legajo 643, expediente 17273.

Félix Celestino Lizaso González, director del Archivo Nacional de Cuba; el poeta matancero Agustín Acosta Bello; Juan Fonseca Martínez, decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Católica de Santo Tomás de Villanueva; Caridad (Nena) Benítez, periodista de la columna musical del *Diario de la Marina*; Francisco Calderón Cabrera, presidente de la Sociedad Colombista Panamericana; el médico Manuel Villaverde Álvarez; el diplomático Juan José Remos Rubio y los empresarios José López Vilaboy y José Gash Prieto, entre otros.

Cabe destacar que a diferencia de la primera etapa de vida (1948-1958), en este segundo renacimiento colectivo el centro hispanista logró generar una base social mucho más heterogénea y menos politizada, llegando a figurar en su nómina inicial 90 asociados entre cubanos y extranjeros. Cítese a modo de ejemplo, entre los nombres más sólidamente asentados, a Jorge Martínez Castro, funcionario de la Lonja del Comercio; al abogado Enrique Loynaz Muñoz; al genealogista Rafael Nieto Cortadellas; al prominente hombre de negocios José Ignacio de la Cámara; a Humberto Solís Alió, gerente de la firma Solís, Entralgo y Cía. “El Encanto”; al comerciante Joaquín Díaz de Villar; al historiador Medardo Vitier; al médico Alfredo M. Petit Vergel; al poeta dominicano Max Henríquez Ureña y al intelectual boliviano Guillermo Francovitch Salazar, director del Centro Regional de la UNESCO en el hemisferio occidental, con sede en Cuba desde 1950.

Contrario a lo que pudiera pensarse, la aceptación y reconfiguración institucional del ICCH no implicó la solución a los ya conocidos e insuperables problemas económicos. En sus primeras declaraciones a la prensa, José María Chacón y Calvo llegó a expresar con angustia el endeble estado financiero de la colectividad (55 pesos en cajas)⁵⁰, así como la urgente necesidad de disponer de un local propio. Cerca de la casa de este viejo Ateneo, sede provisional del Instituto, añadía con acertada precisión el nuevo presidente, “se levanta la magnífica residencia del Instituto Cubano-Norteamericano de Cultura. Y este hecho sencillo debe ser un ejemplo y un estímulo”⁵¹. Otro tanto cabría decir de su llamada a incrementar el número de afiliados para poder afianzar la cooperación intelectual y consolidar, de paso, los valores lingüísticos, culturales e históricos con la Madre Patria. Sin ir más lejos, todas estas preocupaciones venían a confirmar, como bien ha apuntado María A. Escudero, que la I Reunión de Directivos de los

⁵⁰ ANC, *Fondo Registro de Asociaciones*, legajo 210, expediente 5043.

⁵¹ CHACÓN Y CALVO, José María, “El Instituto Cubano de Cultura Hispánica II”, en *Diario de la Marina*, La Habana, sábado, 19 de abril de 1958, no. 94, año CXXXVI, p. 4-A.

Institutos de América Latina, celebrada seis años antes en Madrid, no había sido más que “un amago de asamblea, en la que los delegados fueron absorbidos por los solemnes festejos realizados en conmemoración del centenario del nacimiento de Isabel la Católica”⁵².

Pese a todos estos obstáculos en su contra y el añadido de su más reciente experiencia vivida como vicepresidente del ICCE, el VI Conde de Casa de Bayona logró materializar, al menos, uno de los proyectos pendientes del centro desde su apertura. En junio de 1958 quedó abierta al público la Biblioteca Hispánica con sede en la Sociedad Colombista Panamericana. Tesorera de un rico fondo, ordenado y catalogado por Elena Pérez de Peraza, directora de la Biblioteca Pública Panamericana, el centro de lectura incluyó en su colección publicaciones donadas por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) y la Biblioteca Nacional de Madrid, así como ejemplares del *Noticioso del Instituto de Cultura Hispánica*, variados folletos de actualidad española y otros materiales científico-técnicos.

El ICH hizo también su parte en esta nueva época de renovación. Multiplicó las iniciativas de acercamiento y estimuló, una vez más, la visita de conferenciantes españoles al país. A finales de 1957 y durante 1958, el ICCH recibió a cuatro nuevos intelectuales del franquismo: al joven novelista José Luis Castillo-Puche Moreno, que ahondó en el tema “Una nueva generación de mujeres novelistas en España”; al poeta Gerardo Diego Cendoya, que deleitó al público con una charla sobre Lope de Vega; y a los filósofos dominicos José Todolí y Emilio Sauras García. El primero, catedrático de Ética y Sociología de las Universidades de Madrid y Valencia, disertó acerca del ateísmo contemporáneo, y el segundo, profesor de Filosofía de la Universidad de Valencia, sobre “La naturaleza y la gracia”. A los salones del centro regresaba, por segunda ocasión, el padre jesuita Miguel Batllori con su conferencia “Los amigos cubanos de Miranda” y, simultáneamente, se cursaba invitación al abogado español, residente en La Habana, Fernando de la Presa para dialogar acerca de un sugestivo tema “Paisaje humano sobre Gerardo Diego”. Durante este corto período de florecimiento intelectual, el Instituto honró además la memoria del poeta español Juan Ramón Jiménez, fallecido en mayo de 1958; celebró el Día del Idioma Español, una de las pocas efemérides hispanistas que no perdió su brillo a pesar de los vaivenes de la entidad hasta el final de sus

⁵² ESCUDERO, María A., *op. cit.*, p. 175.

días; y conmemoró el IV Centenario de la muerte de Carlos V con la languidez propia de un país en plena efervescencia revolucionaria.

En resumen, contra todo pronóstico, entre abril y diciembre de 1958, el ICCH experimentó una reanimación cultural que fue interrumpida abruptamente por la galopante crisis política de la isla. En espera de un cambio en el panorama nacional, la junta directiva decidió suspender todas sus actividades hasta nuevo aviso. Esta anomalía coyuntural pudiera justificar, tal vez, la ausencia a finales de año de la delegación cubana en la I Asamblea de Cultura Hispánica en América, idea de Ernesto Giménez Caballero, embajador de España en Asunción, bajo el patrocinio del Instituto Paraguayo de Cultura Hispánica. En marzo de 1959, el centro volvería abrir sus puertas, pero esta vez para escribir una historia muy diferente a la diseñada por los paladines de la Hispanidad franquista en la mayor de las Antillas.

CONCLUSIONES

A modo de resumen podríamos concluir brevemente que el ICCE nos presenta otra de las tantas caras del heterogéneo campo cultural cubano de la segunda posguerra mundial. Pero, más en concreto, nos permite visibilizar la labor transoceánica del ICH y el impacto del modelo católico-cultural impuesto por el franquismo, desde la exhumación de los paradigmas tradicionales del “glorioso” pasado español. No es capricho insistir que Cuba, atada a España por historia, nunca fue ajena, más aún después de su independencia, a los intentos del gobierno de Madrid por afianzar la huella dejada durante cuatro siglos de dominación colonial. Consciente de que jugaba con cierta ventaja, Franco apeló a las simpatías de este selecto grupo de destacados intelectuales y políticos cubanos de la derecha conservadora por el hispanismo cultural, enraizado en la tradición y el catolicismo. También aprovechó su incondicional disposición por conservar todo el repertorio de valores e ideas que el mundo hispánico encerraba como patrimonio común entre las dos riberas del Atlántico. En vista de que para ellos era absurdo pensar tanto en una América desvinculada de España, como en una España desvinculada de América. Españoles e hispanoamericanos eran parte indisoluble de un todo que, en ocasiones, había parecido escindirse, pero que acababa reintegrándose siempre por la ley de la gravitación histórica. No obstante, su apoyo al proyecto cultural franquista, con sus vaivenes, tropiezos y dificultades, se vería bruscamente frustrado a partir de 1959 tras el triunfo de la Revolución cubana y su

acelerado proceso de radicalización ideológica. El comunismo ha encontrado al fin su versión americana, comentaba con cierta preocupación Blas Piñar, tercer director del ICH, y a reglón seguido añadía:

Las figuras de Stalin o Kruschef carecían y siguen careciendo de fuerza sugestiva, pero Castro es un español criollo, hijos de españoles, alzado en armas en la Sierra Maestra enarbolando una doctrina de valor continental. La lucha contra el imperialismo yanqui, la transformación social del país y la independencia de la nación tienen fuerza para levantar a todos y cada uno de los pueblos de Hispanoamérica⁵³.

Y razones no le faltaron, al menos, en sus inicios. Pero esto es parte de otra historia.

BIBLIOGRAFÍA

CABAÑAS BRAVO, Miguel, *La política artística del franquismo. El hito de la Bienal Hispano-Americana de Arte*, Madrid, R.B. Servicios Editoriales, S.A., 1996.

CAÑELLAS MAS, Antonio, “Las políticas del Instituto de Cultura Hispánica, 1947-1953”, en *HAO*, 2014, pp. 77-91.

DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA, Lorenzo, *Diplomacia franquista y política cultural hacia iberoamérica 1939-1953*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1988.

ESCUADERO, María. A, *El Instituto de Cultura Hispánica*, Madrid, Fundación MANPFRE, 1994.

FIGUEREDO CABRERA, Katia, “La Segunda Bienal Hispanoamericana de Arte”, en *Espacio Laical*, 3 y 4 (2015), pp. 48-54.

FIGUEREDO CABRERA, Katia, *Cuba y la Guerra Civil Española. Mitos y realidades de la derecha hispano-cubana (1936-1942)*, La Habana, Editorial UH, 2014.

⁵³ PIÑAR, Blas, “Ahora o nunca”, en *Mundo Hispánico*, Madrid, octubre 1961, no. 163, año XIV, p. 3.

FIGUEREDO CABRERA, Katia, “Impresiones de un periodista olvidado”, en *Espacio Laical*, 4 (2014), pp. 48-53.

FIGUEREDO CABRERA, Katia, “Cuba en la estrategia cultural de la España franquista”, en *Pensamiento y Cultura*, 10 (2007), pp. 191-207.

GIL SERRANO, Rafael, *Nueva visión de la Hispanidad*, Madrid, Imprenta Prensa Española, 1947.

La huella editorial del Instituto de Cultura Hispánica, Madrid, Fundación MANPFRE TAVERA, 2003.

LLORENTE HERNÁNDEZ, Ángel, *Arte e ideología en el franquismo (1936-1951)*, Madrid, Visor. Dis., S.A., 1995.

MORENO LUZÓN, Javier, “Mitos de la España inmortal. Conmemoraciones y nacionalismo español en el siglo XX”, en FORCADE, Carlos; SALOMÓN, Pilar y SAZ, Ismael, *Discursos de España en el siglo XX*, Valencia, Universitat de València, 2009, pp. 123-146.

MORENTE JUSTE, Antonio, “La política europea de los católicos españoles en los años 40 y 50”, en SÁNCHEZ RECIO, Glicerio, *La Internacional Católica. Pax Romana en la política europea de la posguerra*, Madrid, Editorial Biblioteca Nueva, S. L., 2005, pp.175-211.

PÉREZ VEJO, Tomás, “España vista desde Hispanoamérica”, en MORALES MOYA, Antonio; FUSI AIZPURÚA, Juan Pablo y DE BLAS HERRERO, Andrés, *Historia de la nación y del nacionalismo español*, Barcelona, Galaxia Gutenbers, S. L., 2003, pp. 1048-1069.

REDONDO, Gonzalo, *Política, cultura y sociedad en la España de Franco (1939-1975)*, Pamplona, Ediciones Universidad de Navarra, S. A., 1999.